

# «LA IGLESIA NO ES UNA INSTITUCION POLITICA»

## «SU MISION ES CONTINUAR LA OBRA DE LA REDENCION»

Homilía del nuncio apostólico en el acto de consagración episcopal de monseñor Cirarda

En la ceremonia de la consagración episcopal del doctor don José María Cirarda, celebrada anteayer en la Catedral de Vitoria, el nuncio de Su Santidad en España pronunció una homilía, que reproducimos íntegramente:

“Interrumpimos por breves momentos —comenzó diciendo monseñor Antoniutti—, los sagrados ritos que se desarrollan con toda la esplendorosa majestad de la liturgia pontifical para recordar la íntima conexión de la consagración de un nuevo obispo con la autoridad pontificia que fluye de Pedro, primer Papa, del cual celebramos hoy la festividad asociada a la del Apóstol de las gentes “per quos religionis sumpsit exordium”.

En el Evangelio que habéis escuchado se narra la solemne profesión de fe que Pedro hizo proclamando a Cristo Hijo de Dios vivo: “Tu es Christus filius dei vivi.” (Mat. XVI, 16.) A esta profesión, Cristo responde a Pedro con un gesto de incomparable grandeza anunciando que sobre él edificará su Iglesia. (Mat. XVI, 18.) Y cuando después de la Resurrección de Cristo pregunta a Pedro y oye de él una triple, conmovedora profesión de amor, le confía el encargo de apacentar la grey: “Pasce agnos meos... pasce oves meas.” (Joan. XXI, 15.) Establecido sobre la sólida piedra de la fe apostólica “in apostolicae confessionis petra solidati”, y unidos en los más suaves vínculos del amor de Cristo saludamos al nuevo obispo, hoy consagrado por elección y autoridad del actual sucesor de Pedro y en virtud del mandato a El conferido por Cristo, como han sido consagrados en el decurso de los siglos todos los obispos. “Quos spiritus sanctus posuit regere ecclesiam dei.” (Act. ap. XX, 28.)

Mas la consagración de un obispo auxiliar en la festividad de San Pedro no sólo reviste este carácter general, sino que ofrece también otras muchas enseñanzas. Antes de ser cabeza de la Iglesia, San Pedro ha sido fidelísimo Auxiliar del Divino Maestro por su fe admirable, por su amor ardiente, por su generosa entrega. Después de haber proclamado por vez primera la divinidad de Cristo, ha reconocido a Cristo como Jefe y Maestro, exclamando: “¿A quién iremos? Tú sólo tienes palabra de vida eterna.” (Joan. VI, 69.) El Evangelio recuerda pasajes deliciosos de la estrecha unión de Pedro con el Señor. “Ve al mar—le dice un día Jesús—, echa el anzuelo, saca el primer pez y después abriéndole la boca hallarás una moneda, tómala y paga por mí y por ti.” (Mat. XVII, 26.)

Pedro va a Cristo sobre las aguas para encontrarlo más pronto. (Mat. XIV, 29.) Después de una noche de pesca inútil recibe la orientación del Maestro: “Duc in altum”, obedece y obtiene frutos copiosos. (Luc. V, 4.) En la noche de la Pascua desenvaina la espada para defender al Señor. (Mat. XXVI, 51.) Y después de la Resurrección predica con valentía a Cristo resucitado y anuncia el Evangelio con todo el rigor de su celo apostólico. Esta comunión de Pedro con Cristo es una lección y una advertencia para el nuevo

obispo, que debe avanzar siempre con docilidad y confianza por los caminos que le están indicados por el Señor, trayendo a otros colaboradores al trabajo en unión con el Jefe de la Iglesia Universal, y a la dependencia del jefe de la diócesis a la cual está destinado, para asegurar así una más eficiente realización del apostolado.

### QUIEN SE OPONE AL OBISPO SE OPONE A CRISTO”

La solemnidad de hoy sugiere además otra consideración: San Pedro ha muerto mártir por defender el depósito de la doctrina y la moral que le había sido confiado. Por el camino del martirio le han seguido en todos los tiempos obispos de todas las iglesias. Pero su sacrificio no ha debilitado a la cristiandad; antes bien la ha fortalecido, haciéndola más vigorosa y esplendente de fe, de virtud y de intrepidez. Entre los recuerdos que más me entusiasman están los de mis peregrinaciones a las tumbas de los obispos intrépidos, defensores de la religión, no sólo de tiempos remotos, sino también de épocas contemporáneas. He colocado las palmas del triunfo sobre las tumbas de obispos misioneros asesinados en China. He rezado sobre las sepulturas de obispos albaneses caídos sobre la brecha del servicio de la Iglesia. He llorado sobre las tumbas de vuestros doce obispos masacrados en una reciente hora trágica de vuestra Patria.

Si bien no todos los obispos son mártires, todos, sin embargo, deben sufrir pruebas amargas, dolorosas contradicciones, tristes adversidades e incomprensiones lamentables de parte de muchos hijos, a la vez que otros actúan indebidamente expiando sus actos y proceden con pasos dirigidos a perjudicar y comprometer a la Iglesia. ¿Qué no haya entre vosotros ninguno que obstaculice la misión del obispo o aumente sus dificultades por razones de

orden contingente o por fútiles pretextos de carácter terreno!

Quien se opone al obispo se opone a Cristo. Quien dificulta la misión del obispo paraliza la obra de la Iglesia. Que vuestro amor al obispo sea profundo; que vuestra lealtad hacia él sea completa; que vuestra confianza en él sea segura y filial.

Unidos al obispo haréis grandes cosas. Confortándolo, confortaréis el corazón de Cristo. Siguiéndolo, es al mismo Cristo a quien seguiréis; porque vuestros pastores han recibido de Cristo su mandato.

Entre todas las autoridades de la tierra, ninguna está tan próxima al corazón de Dios. Ninguna otra debe de estar tan inmediata a nuestro corazón. Quien no ama a su obispo, quien no le consuela con su obediencia, quien no recompensa su solitud, ha perdido el sentimiento de su dignidad cristiana. Recordad bien que la Iglesia no es una institución política. Ella es el Cuerpo místico de Cristo. Su misión consiste en continuar la obra de la Redención y en aplicarla en todos los campos. Bajo la dirección y el control del obispo, el clero y los fieles deben llenar una obra común de apostolado para difundir la verdad evangélica y guiar las almas a los manantiales de la gracia. La fuerza de un obispo le viene de la ayuda del Señor, sin duda, pero también el apoyo de sus sacerdotes y de sus fieles.

“Sacerdotes y fieles—escribe San Ignacio de Antioquia—deben estar unidos al obispo como las cuerdas a la lira, en la fe y en la obediencia; nada deben hacer sin el obispo.” Y San Cipriano añade: “La Iglesia está con el obispo.”

Y no se olvide que el obispo, doctor, cabeza y pontífice, permanece hombre, cuyo corazón es sensible, tanto a la injuria como al afecto, a las denuncias y a las aclamaciones, al reconocimiento y a la ingratitud. El es un padre que ama a sus hijos, que se ocupa de aquellos que sufren, que luchan y que caen; que llora con los que lloran y se alegra con cuantos consuelan su corazón. Estos son los pensamientos que quería comunicaros en este santo día, que es también para mí una festividad plena de recuerdos amados; porque hace ahora veinticinco años estaba siendo consagrado obispo en esta misma fecha a la sombra de San Pedro de Roma.

### CARACTER CONMOVEDOR DE LA CEREMONIA

Es verdaderamente una coincidencia llena de significado esta de transmitir la ple-

nitud del sacerdocio en este día memorable. Y deseo expresar mi satisfacción al excelentísimo señor cardenal arzobispo de Sevilla y a su digno auxiliar porque, en un sentimiento de profunda unión a la Santa Sede, han querido que fuese el representante del Papa quien cumpliese esta solemne función.

Esta ceremonia reviste, además, un alto carácter conmovedor. El obispo que hoy he consagrado es el quincuagésimo al cual confiero la plenitud del sacerdocio formando el último eslabón de una preciosa cadena cuya primera fue el siempre recordado y amadísimo padre Carmelo Ballester, que ha sido vuestro obispo, al cual consagré en la catedral de Pamplona el 15 de mayo de 1938. Aquel buen pastor de vuestras almas reposa en la paz de Cristo en esta misma catedral, y sobre su sepulcro bendito hemos dado a la Iglesia un nuevo obispo que cierra así este collar de prelados consagrados "per diversa loca". Me parece que los huesos de monseñor Ballester tiemblan de contento mientras tan cerca se celebra este rito solemne. "Exultabunt dómīno ossa humiliata" (Pe. L. 10).

Recordando con emoción a los cincuenta obispos por mí consagrados presento los votos más fervientes a la última flor y nueva joya del episcopado español elevado a la plenitud del sacerdocio mientras la Iglesia respira todavía la perfumada fragancia de la reciente canonización de San Juan de Ribera, el gran obispo español que brilla con fulgores de claridad en el firmamento de la Iglesia triunfante, y bajo cuya protección colocamos al nuevo prelado con las mejores y fundadas esperanzas.

Y como conclusión permitidme que os formule los consejos, las invitaciones y los ruegos que en otras ocasiones he dirigido a los fieles en homenaje de vuestros obispos: Venerad al obispo, representante de Dios, elegido del Espíritu Santo, imagen del Eterno Sacerdote, sucesor de los apóstoles.

Honrad al obispo, Pontífice de la Iglesia, padre del Clero, guardián de la fe, vindicador de la moral; seguid al obispo, pastor de los fieles, pregonero del Evangelio, maestro de la Verdad, defensor de la virtud; amad al obispo, alegría de los niños, guía de los jóvenes, fortaleza de la familia, esperanza de la sociedad; ayudad al obispo, bienhechor de los pobres, consuelo de los enfermos, sostén de los desamparados, refugio de los perseguidos; defended al obispo, protector del orden, apóstol de la paz, consejero de las autoridades, esplendor de la diócesis."